

LA IDENTIDAD ECLESIAL DEL SACERDOTE

ENRIQUE DE LA LAMA

La visita pastoral de Juan Pablo II a España significó una verdadera celebración de la Fe y de la comunión con la Iglesia, cuyos mejores efectos escapan sin duda a la comprobación humana. La reacción popular ante la presencia del Sucesor de Pedro —el enardecimiento, tal como fue, no encuentra explicación suficiente en la fuerza de la propaganda— ha debido enseñarnos algo sobre la validez del mensaje cristiano predicado con autenticidad. En los meses que han seguido hemos podido comprobar personalmente la acogida excepcional que las palabras del Papa han merecido en ambientes juveniles y universitarios. Sacerdotes que trabajan en otros ambientes —campesinos, urbanos, hospitalarios— nos han asegurado su experiencia en este mismo sentido. Sin duda, la tarea está ahora por hacer. Ha pasado ya casi un año de esta memorable ocasión: es la hora de trabajar y de reflexionar. En todo caso, esta visita pastoral sólo podrá evaluarse históricamente en toda su eficacia cuando sea contemplada dentro de la ancha perspectiva que sólo puede dar el transcurso del tiempo. Pero ya desde ahora, a estas alturas del pontificado del Papa Wojtyla, resulta incuestionable la calidad heroica del esfuerzo que llevan consigo unos viajes testimoniales, profundamente intencionados. Viajes, que son expresión elocuente de lo que para el actual Pontífice significa el contacto, sin intermediarios, con la idiosincrasia insustituible de cada pueblo, y la constatación en directo de la encrucijada en que se halla cada grupo humano.

Al dedicar estas líneas a reflexionar sobre la gran jornada sacerdotal de Valencia, 8 de noviembre de 1982, conviene hacer ante todo algunas observaciones.

La palabra del Papa es lo suficientemente elevada como para facilitar —sin alusiones— la reflexión serena, y no pierde significación universal por el hecho de sembrarse en un campo delimitado. Esto no quiere decir que la palabra sea impersonal, indiferente y concebida en un Olimpo apriorístico sin referencia a la realidad precisa. Tanto en la homilía pronunciada en la Alameda, como en el mensaje a los seminaristas, el estilo comprensible y cálido se pone al servicio de un planteamiento

elevado, pero útil y convincente. Planteamiento desde el que se entienden todos los consejos y toda la riqueza de contenido, que se puede verter a la práctica en la medida en que sea aceptado con sencillez y buena voluntad.

En todo mensaje interesa no sólo el contenido mismo, sino también considerar quién lo envía y a quién se envía. Por eso en las presentes páginas nos referiremos en primer lugar —con las limitaciones que impone la brevedad de este trabajo— al contexto histórico que ha configurado a lo largo de los últimos años el panorama del clero en nuestra patria.

En segundo lugar, haremos una cala en las enseñanzas del entonces Cardenal Karol Wojtyla, que nos permita atisbar qué significa para él ser sacerdote, cuáles son las dimensiones esenciales del sacerdocio. Para ello seguiremos las páginas de *Signo de contradicción* —que, como es sabido, recogen el texto predicado durante los Ejercicios espirituales a Pablo VI y a la Curia Romana en la cuaresma de 1976—, porque pensamos son el testimonio más expresivo de la madurez del pensamiento de Karol Wojtyla en época previa a su elevación al Supremo Pontificado¹.

En efecto, las circunstancias históricas concretas que son el contexto de esa predicación —escuchada por tan egregia audiencia y pronunciada por quien tan pronto había de tomar el relevo del Papa Pablo VI— invitan a considerar sus páginas, si no como un programa —que no lo son—, sí, al menos, como un pórtico que da noticia anticipada de la «forma mentis» del Cardenal Wojtyla: bajo las aparentes reiteraciones que se advierten en *Signo de Contradicción*, se ampara una elucubración rica y precisa; peculiar, pero rigurosamente lógica y bien trabada, que, a nuestro entender, sirve como paradigma epistemológico a los ulteriores documentos del actual Pontífice. Diríamos que la coherencia de pensamiento es de fácil comprobación en la multitud de sus escritos. De hecho —por elegir un documento relevante que se refiere a los sacerdotes— anotaremos lugares paralelos de la Carta «*Novo incipiente*» con ocasión del Jueves Santo de 1979. De otros documentos nos impiden ocuparnos las obligadas proporciones del presente estudio².

Por último, nos limitaremos a señalar lo que, en nuestra opinión, constituye el eje en torno al cual giran todas las consideraciones, consejos y principios de solución que el Papa brinda al clero español en unos textos pastorales —de pastoral inmediata y directa—.

1. K. WOJTYLA, *Segno di contraddizione. Meditazioni* (Milano 1977, 224 pp.). Citaremos siempre la edición española de la B.A.C., *Signo de contradicción. Meditaciones* (Madrid 1978) 264 pp.

2. JUAN PABLO II, Carta *Novo incipiente* a todos los sacerdotes de la Iglesia con motivo del Jueves Santo, Vaticano 8 de abril de 1979. Seguiremos la numeración de J. A. ABAD en su división de diversos textos pontificios titulada *Juan Pablo II al sacerdocio*, 2.ª ed. (Pamplona 1982).

1. Trazos sobre la situación del clero en España

Quienes estuvimos presentes en la ordenación sacerdotal de Valencia comprobamos entre los sacerdotes que asistían, el mismo calor humano, el mismo fervor que encendía a las multitudes que acompañaron al Papa en su viaje por España. La recepción en Moncada en las primeras horas de la tarde del 8 de noviembre — pese a que por circunstancias imprevistas asistieron menos sacerdotes — constituyó dentro de su brevedad un encuentro emocionante. Si hubiéramos de guiarnos sólo por los números, habríamos de decir que la del clero fue una respuesta generosa: se hallaban presentes al menos 5.000 sacerdotes³, que suponen una proporción elevada dentro de la cifra total: casi 23.000 del clero secular, más 10.500 del regular (cfr. 41,1). No hay que olvidar que la tarea pastoral pudo impedir que acudieran a Valencia otros sacerdotes que lo hubieran deseado y, además, la visita papal a diversas ciudades había hecho posible la participación del clero en otros encuentros.

Resulta evidente, sin embargo, que el panorama sacerdotal en España no es tan homogéneo como para deducir conclusiones medianamente rotundas de los simples números, o como para considerar que las manifestaciones entusiásticas de Valencia eran espejo fiel de los sentimientos profundos de la totalidad del clero. No se puede ignorar la existencia de sectores críticos, posiblemente amplios, o de otros sectores clericales amorfos y desentendidos, cuya magnitud no es posible valorar, puesto que no hay datos dignos de crédito, pero de los que cabe sospechar que son tan amplios como para constituir una notable proporción⁴.

Es ya un lugar común hablar de los cambios profundos y rápidos que ha experimentado la sociedad en las últimas décadas. Hasta tal extremo que, para muchos, se trata, más que de evolución, de una verdadera revolución ideológica, de la cual el clero no sólo ha sido testigo, sino, en tantas ocasiones, acaso también protagonista.

Uno no puede menos de sonreír al recordar las controversias que, sobre la marcha de los Seminarios y los nuevos enfoques en la enseñanza de la Teología, se desarrollaban en ambientes profesionales al final de

3. Cfr. «Ecclesia», n.º 2102, Madrid 20 de noviembre de 1982, p. 38.

4. «A mí también me preocupa —declara mons. J. DOMÍNGUEZ GÓMEZ, obispo de Coria (Cáceres)— la ambigüedad con que, al menos a los ojos de algunos, se ha visto el viaje papal como acontecimiento social que ha puesto en movimiento a instituciones generales del país. Para algunos, el Papa ha «copado» con exceso los instrumentos sociales de la nación. Y ello me induce a pensar que en España aún no está clarificado el lugar social que los millones de católicos que pertenecen a ella tenemos que ocupar y tenemos el derecho de ocupar. Parece como si el hecho religioso y lo que su correcto desarrollo exige no tuvieran una forma en el planteamiento general de los servicios de las instituciones públicas. Tal vez sea bueno al respecto avanzar por este camino, no sólo a nivel jurídico y estatutario, sino también, y sobre todo, a nivel de conciencia nacional. «Ecclesia», n.º 2102, cit., p. 39.

los años cincuenta. No faltaban tampoco entonces las síntesis candorosas e incluso los augurios que anunciaban una nueva primavera para los Seminarios⁵. No obstante, ya al comienzo de la década de los sesenta —aunque por el momento no era posible prever el curso de los acontecimientos— la Sagrada Congregación de Seminarios advertía «también en el campo eclesiástico, y en no pocos educadores la tendencia a abdicar con exceso de sus deberes específicos, concediendo demasiado al individualismo que no soporta ninguna disciplina, y que es propio de los jóvenes de nuestro tiempo. Se habla, en efecto, de la necesidad de educar para la libertad en la libertad, o sea, por medio de la espontánea autodeterminación del educando, y, trasladando las cosas del campo individual al colectivo, se exalta el autogobierno, el necesario espíritu democrático, por medio de decisiones de grupo, con menor intervención cada día de la autoridad, o como a veces se llega a repetir, con menos *injerencia*»⁶.

La piadosísima y lenta agonía de Juan XXIII, cuya vida en este mundo se extinguía el 3 de junio de 1963, fue seguida con emoción sin precedentes a través de las antenas de la radio o de la televisión. El talante de su pontificado fue asumido como paradigma de una síntesis de una alta espiritualidad y de un humanismo sin prejuicios, cuya inocencia venía a derrocar muchos bastiones considerados inexpugnables. Quedaba abierto el Concilio Vaticano II, y su conclusión y llegada a puerto constituyó desde el primer momento un reto a las cualidades de gobernante de su sucesor Pablo VI, cuyo pontificado —glorioso por tantos conceptos— iba a contemplar la eclosión en plenitud de una de esas crisis que acompañaban siempre en la historia las novedades profundas⁷.

Los Seminarios vivían, durante el primer lustro de la década de los sesenta, en una expectativa jubilosa. Las primeras dificultades se atribuían a la misma vitalidad progresiva. Apenas si se experimentaba

5. Cfr. G. MARTIL, *Sobre los seminaristas de hoy. Entre la ascética y la pedagogía*, «Seminarios» 10 (1959) 8-23.

6. SAGRADA CONGREGACIÓN DE SEMINARIOS Y UNIVERSIDADES, *Carta al Episcopado en el III Centenario de la muerte de S. Vicente de Paul sobre algunos importantes problemas de formación eclesiástica*, Roma 27 de septiembre de 1960; cfr. «Seminarios» 12 (1960) 248.

7. «A partir del Concilio Vaticano II los seminarios y casas de formación de religiosos se hallan en un período de fermentación que es explicable. Es cierto que los problemas de desajuste venían ya de más atrás. Pero el Concilio, lo mismo en este campo que en otros de la vida eclesial, ha favorecido la aparición de nuevos brotes, la difusión de un ambiente de inconformismo, y el deseo de afrontar con resolución los nuevos tiempos. El mismo decreto conciliar sobre seminarios plantea la cuestión de la revisión y puesta al día. Y casi todos los otros documentos conciliares encuentran prácticamente resonancias o exigen aplicaciones de revisión en los centros formativos de la Iglesia. Por otro lado, el mismo estilo de diálogo y discusión que el Concilio y sus consecuencias ha aportado a la Iglesia obliga a tomar la nueva realidad con nuevos modos distintos de los acostumbrados». G. MARTÍN, *Seminarios* 1967, «Seminarios» 31 (1967) 39-40.

descenso sensible en el número de vocaciones. Se recogían los frutos del cultivo desarrollado en los Seminarios Menores en los años precedentes⁸. En ocasiones, posiblemente como fruto inmediato de una mayor tolerancia, aumentó el número de alumnos en los cursos de Filosofía y de Teología y se llegó a pensar en algún caso sobre la oportunidad de ampliar las instalaciones del Seminario. Se comprende que —contemplando las cosas a primera vista— se pudiese hablar con convicción de una crisis de crecimiento. No obstante, pronto iba a aparecer la verdadera faz del problema.

A partir de 1965 se podían escuchar ya diagnósticos extraordinariamente significativos: «Los ambientes educacionales de los futuros sacerdotes —escribía L. Rubio— viven hoy una inquietud especial, inquietud que afecta con caracteres de tragedia a todos los seminaristas, y que es sentida no menos angustiosamente también por todos los responsables de su formación. La inquietud se extiende a todo el ámbito de la vida educacional, desde el Seminario como tal, con su estructura, al parecer ya sobrepasada, hasta la formación intelectual, tanto filosófica como teológica, e incluso en la misma vida y formación religiosa»⁹.

El paso de los años sólo iba a confirmar la veracidad de este tipo de diagnósticos. En palabras del cardenal Garrone, escritas en 1967, se describe a escala general una crisis que ya estaba afectando de lleno los Seminarios de España: «Para comenzar por lo más perceptible, observamos que la curva de vocaciones se encuentra en todas partes en descenso. En muchas partes la caída toma un aspecto desconcertante de hundimiento. Donde las cosas conservan alguna estabilidad, hay ya ciertas señales precursoras que no se pueden disimular: duda para decidirse, esperas que se prolongan, defecciones que llegan cuando la preparación sacerdotal está ya relativamente avanzada...»¹⁰.

La crisis se manifestaba en toda su polivalencia hasta desbordar la capacidad de orientarse con una mínima garantía: «Se describen 'grandes panoramas'. Se discute. Se habla mucho sobre los problemas de los seminaristas de hoy. Se hacen fenomenologías magníficas de la crisis actual en los seminarios. Sin embargo, por ninguna parte hay quien se

8. Cfr. por ejemplo, J. VITORIA, *El Seminario Mayor de Bilbao*, «Seminarios» 72 (1979) 243. «Durante este quinquenio (1960-1965), el Seminario Menor oscila entre los 425 a 400 alumnos, con una ligera tendencia al descenso. El Seminario Mayor se mueve, a su vez, entre los 175 y 228 alumnos, con una ligera tendencia al crecimiento, fruto de un fuerte Seminario Menor en el quinquenio anterior».

9. L. RUBIO, *La historia de la salvación*, citado por J. ALVAREZ ARROYO, *Los seminarios españoles en los últimos quince años. Su proceso a través de la revista «Seminarios»*, «Seminarios» 45 (1971) 491.

10. G. M. GARRONE, *La imagen del sacerdote de mañana*, cit. por J. ALVAREZ ARROYO, *ibidem*, 492.

decida a dar unas líneas o a formular unas directrices que vengan a dirigir la mentalidad o la acción de los Seminarios de hoy»¹¹.

A comienzos de los años setenta solamente una actitud de inconsciencia hubiera sido capaz de alimentar optimismo frente a los resultados comprobados y a las previsiones más objetivas. «La realidad que hoy nos presentan (los Seminarios) según podemos apreciar —las palabras son de J. Álvarez Arroyo—, merece en la opinión de la mayoría, el nombre de *crisis*, como la determinación más suave y más benévola; para muchos estamos viviendo una bancarrota de los seminarios».

En su opinión —y quien considere la realidad desarrollada en los años siguientes podrá juzgar si era atendible— la crisis «no parece superarse, sino que, al contrario, lo agudo del proceso parece llevarnos a dar la razón a los que hablan de un acta de defunción para esta institución venerable. Y sin duda ninguna, de no salir de ese camino que hoy se tiene como inevitable, el fin es comprensible; no puede ser otro que esa defunción»¹².

Nos hemos referido a la crisis en los Seminarios, que, por ser como el corazón de la diócesis, acusan en su ritmo de modo más inmediato cualquier alteración de la vida eclesial; por lo demás, basta abrir los ojos para constatar directamente el espectáculo de un clero socialmente inadaptado, con un promedio de edad elevado¹³ —como consecuencia

11. V. RAMOS, *Puesta en marcha de una sección de teólogos*, cit. por J. ALVAREZ ARROYO, *ibidem*, 493.

12. J. ALVAREZ ARROYO, *ibidem*, 444 y 489.

13. «Por mucho que el laicado descubra su misión y su tarea dentro del cuerpo eclesial —explicaba mons. Juan María URIARTE en la inauguración del curso 1978-1979 en el Seminario de Bilbao—, siempre será verdad que de cara a una Vizcaya con un desarrollo demográfico creciente muy fuerte y con unas comunidades y colectividades cristianas muy amplias, hay una desproporción entre las necesidades reales y el número actual de seminaristas. En este momento de la vida de la Diócesis, el problema no se presenta por el número de curas: me parece que Vizcaya, con sus 650 sacerdotes y casi 150 religiosos incorporados al proyecto diocesano, tiene un número de curas suficiente, e incluso se puede decir que generoso. Pero quizás el problema es la desproporción entre la capacidad evangelizadora de esta colectividad por una parte, y los requerimientos y desafíos que el mundo actual a evangelizar trae consigo, por otra. Las razones son varias. Una de ellas es la edad. En una población con una franja de juventud muy amplia, nos encontramos con un clero cuya media de edad es de 56 años. Y quizá más por el hecho de que en un momento de cambio cultural tan fuerte, el colectivo de sacerdotes no tiene en todas sus partes el nivel de sintonía, con el espíritu propio del tiempo actual, necesario para educar a las generaciones jóvenes. El Seminario, los curas del mañana, habéis de crecer numéricamente también, justamente para que una Iglesia rejuvenecida en su propio clero pueda realizar esta función mejor que lo que puede hacerlo en este momento». Citado por J. VITORIA, *El Seminario Mayor de Bilbao*, cit., 264-265.

del descenso de las ordenaciones¹⁴—, comprometido a veces en tareas sociales o políticas y con un porvenir peligrosamente inseguro¹⁵. Pero sobre todo la crisis se manifiesta —o acaso se encubre— en la intimidad personal. Es natural que quien no sólo contempla, sino que experimenta —viene experimentando a diario, desde hace ya tanto tiempo, sin que se vea el final del proceso— el oscurecimiento de claridades incuestionables, la cancelación de valores conseguidos con esfuerzo de siglos, las defecciones sacerdotales aceptadas casi sin sobresalto, no sienta la tentación de vanalizar la fidelidad misma con que él está comprometido¹⁶. En todo caso deseará conocer dónde está el fundamento sólido de la causa a la que sirve. Se preguntará si su tarea es estéril, si sus ilusiones de otro momento han sido satisfechas. En definitiva, se preguntará si la existencia sacerdotal vale o no vale la pena¹⁷.

14. La estadística sobre las vocaciones en España da los números siguientes desde 1972 a 1980:

Fil.	1341	1084	930	932	851	827	711	632	608
Teo.	1823	1536	1315	1091	972	894	938	873	975
Ord.	343	308	324	262	252	200	216	167	216

cfr. *Información*. 1. *Estadística sobre las vocaciones en la Iglesia*, «Seminarios» 81-82 (1981) 479.

15. «El desajuste interno de los presbíteros en la Iglesia y el sentimiento de desadaptación ante los cambios de la sociedad actual, han puesto en crisis el estatuto del sacerdote. El estatuto social es un fenómeno psicosocial. Supone la imagen que una categoría social se hace de su puesto en el grupo y la valoración que las otras categorías tienen de ese puesto. Cuando ambas coinciden se establece una situación óptima. El estatuto varía según el tiempo. Es un hecho de opinión, subjetivo. Pero puede constatarse el estatuto social de un grupo con métodos objetivos. El estatuto es la fuente de prestigio de un determinado papel social. (...) Esta pérdida de «status» —en el sentido objetivo y subjetivo— explica una serie de fenómenos que hoy parecen ser indicadores de la crisis: descenso de vocaciones, crecimiento de los abandonos, asociaciones con estilo reivindicativo, multiplicación de encuentros, publicaciones, declaraciones ... No es nuevo el hecho de que haya habido cambios en las funciones de los presbíteros. Quizás lo nuevo sean la radicalidad y la dimensión de la crisis». C. ROBLES MUÑOZ, *Sínodo 71: crisis y esperanzas*, «Seminarios» 44 (1971) 213 y 214.

16. «Actitudes que van desde la evasión hasta la huida pasando por la desganancia, el cansancio y la desilusión también cantan o lloran la misma realidad del desasosiego sacerdotal. El ansia de evasiones es constante y de una gran fuerza enervante: rehuye los planteamientos serios y profundos, se limita a ir tirando en medio de un mundo agitado que no da tregua alguna. Así queda fuera de juego con la sensación de inútil. El Papa ha hablado recientemente de huidas y deserciones con un lenguaje que se ha juzgado duro, pero que había que pensar si en muchos casos no era verdad. Es indiscutible el peso del ambiente: el secularismo, el relativismo, las ideologías encontradas, el aire de protesta y rebeldía; pero no debemos dejar a un lado las decisiones de la persona misma, capaz de hacer frente y superar las dificultades o, por el contrario, de dejarse dominar por ellas». A FUENTES, *Buscando soluciones a los problemas personales del sacerdote*, «Seminarios» 44 (1971) 265.

17. «La carga de inautenticidad e insinceridad que viene siendo denominador común entre nosotros postula un enfrentamiento sin reticencias, antes que con nada ni con nadie, con nosotros mismos, con nuestra lealtad, con nuestra fidelidad a nivel humano y sobrenatural. Y precisamente me parece atisbar que esto es lo que más se rehuye, lo más doloroso, tal vez lo último que nos proponemos hacer, cuando debe ser lo primero y radical». *Ibidem*, 266. Cfr. sobre el asunto que venimos

Está muy lejos de nuestro propósito incurrir en afirmaciones generales, que carecerían de valor. No ignoramos, como es natural, la fidelidad heroica de muchos. Pero nos parece ajustado a la realidad aceptar que las dificultades presentes y las soluciones que tantas veces se proponen —con frecuencia, dislocadas e inquietantes— tienden a hacerse vivas en la profundidad de muchas intimidades. «¿En gran medida no se nos ofrece el sacerdote de hoy —aunque no se confiese— como un hombre que ha perdido la esperanza en él, en los demás y tal vez en Dios? Esto le hace víctima de su propia soledad: otro de los problemas típicos de hoy»¹⁸.

Las palabras, escritas en 1971, serían excesivas —a pesar de ser sinceras— si pretendiesen afirmar una actitud universal o, incluso, generalizada en el ámbito sacerdotal de España.

Justo es reconocer los logros que el espíritu renovador del Concilio Vaticano II ha asegurado ya, de modo irreversible, para bien de la vitalidad religiosa de nuestro pueblo. El tamaño de la empresa explica en parte muchos de los procesos que se han desarrollado en los últimos años con menos acierto. Como hacen notar los Obispos españoles en su reciente Exhortación Colectiva del pasado 25 de julio, «las mismas raíces católicas de nuestra historia y la fuerte vitalidad de nuestra Iglesia hicieron posible la ingente tarea de la renovación conciliar, que, por supuesto, no se pudo hacer sin titubeos, sin conflictos, sin graves y lamentables costos personales, sin excesos, desviaciones y omisiones» (Exh. 15)¹⁹.

La *Exhortación* describe seguidamente —sin insistencia, con objetividad que hace honor a un sentido pastoral lleno de justa esperanza— un cuadro veraz de los errores que se han mezclado inevitablemente como ganga de la tarea renovadora, «ya que sólo desde la evaluación serena y realista de los yerros e infidelidades, éstos pueden ser descubiertos y corregidos» (Exh. 14). Sobre esta misma convicción hemos escrito las precedentes páginas.

2. *Una cala en el pensamiento del Cardenal Karol Wojtyla sobre el sacerdocio*

La fermentación ideológica y la crisis de los valores morales son, por lo demás, un hecho generalizado que no se limita a las fronteras de nues-

tratando, M. BELLET, *Crisis del sacerdote. Análisis de la situación* (Bilbao 1969) 406 pp. Cfr. C. ROBLES MUÑOZ, *Identidad sacerdotal: ¿una nueva definición? Aproximación sociológica*, «Seminarios» 44 (1971) 275-293.

18. A. FUENTES, *art. cit.*, 267.

19. En estimable proporción, aun reconociendo que el sector clerical ha sido uno de los más conmovidos, cabe aplicar a los ámbitos sacerdotales lo que la Conferencia Episcopal afirma de la generalidad del pueblo español.

ra patria ni tampoco a las fronteras del mundo eclesiástico. La amenaza que lleva consigo una política de bloques, inspirada por los materialismos de oriente y occidente, la carrera de armamentos, la violencia terrorista, la agresividad de un erotismo exacerbado y otros rasgos que no es necesario ni agradable enumerar, hablan por sí mismos con tanta elocuencia que ya resulta un tópico desfasado reducirlo todo a la decadencia de occidente. Aun reconociendo que el problema suscita todo el interés tendríamos que extendernos demasiado —además de que no es ese nuestro objeto— si pretendiéramos exponer no ya todas, sino las más importantes exégesis sobre el origen de esta perturbación de proporciones universales. No obstante sí cabe afirmar que en la base de esta crisis está el problema religioso.

«Desde que el pensamiento moderno ha comenzado a separarse de Dios, tomando un rumbo marcadamente antropocéntrico, ha comenzado a oscurecerse casi automáticamente la imagen del hombre; han comenzado a pulular concepciones del hombre mancadas y reducidas. La moderna filosofía del sujeto, enteramente antropocéntrica, totalmente centrada sobre el hombre, adolece de pesimismo antropológico. Es una epidemia contagiosa que va progresivamente provocando las más desvariadas manifestaciones en la cultura y en el mismo campo de las ciencias»²⁰.

Siendo así las cosas, nada tiene de extraño que la Iglesia, y dentro de ella el clero, experimenten la conmoción con peculiares características. El panorama del mundo moderno, «que aparece a la vez poderoso y débil, capaz de lo mejor y de lo peor, pues tiene abierto el camino para optar por la libertad o la esclavitud, entre el progreso y el retroceso, entre la fraternidad o el odio» —como describía magistralmente el Concilio Vaticano II—, no se presenta como resultado de una inercia incoercible: «El hombre sabe muy bien que está en su mano el dirigir correctamente las fuerzas que él ha desencadenado y que pueden aplastarle o salvarle»²¹.

Así pues el escenario se presenta como un reto a la iniciativa pastoral. Y es aquí donde el problema humano del sacerdote —protagonista ordinario de la pastoral capilar de la Iglesia— se plantea con toda su urgencia en una época que «es la época de las hondas angustias del hombre respecto de su identidad y destino, del rebajamiento del hombre a niveles antes insospechados, época de valores humanos conculcados como jamás lo fueron antes»²².

Para el Cardenal Karol Wojtyła la teología del sacerdocio se inscribe en el marco de una antropología rectamente interpretada a la luz del mis-

20. *Introduzione. La verità sull'uomo e la formazione dei futuri sacerdoti*, artículo editorial de «Seminarium» XXXII (1980) 4.

21. CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et spes*, 9 ad finem.

22. JUAN PABLO II, *Discurso a los obispos de América Latina en Puebla de los Angeles*, 28 de enero de 1979, I, 9. Cfr. *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, II (Citta del Vaticano 1979) 198.

terio del Verbo Encarnado. En este contexto la teología del sacerdocio, sobre todo el ser-sacerdote, cobran excepcional importancia como «respuesta a los interrogantes más acuciantes, profundos y fundamentales de hombre, de toda la 'estirpe humana', respecto del sentido de la creación de toda la realidad a la que el hombre pertenece existencialmente, y que al mismo tiempo supera. Sólo por el hecho de ser quien es, el sacerdote expresa este sentido y al mismo tiempo lo confiere al mundo y al hombre en el mundo»²³.

Cuando el Cardenal Karol Wojtyla, siguiendo el Vaticano II, afirma que «el misterio del hombre se explica en el misterio de Cristo, que posee la plena dimensión histórica de los hechos, de los acontecimientos de las obras, de las palabras y de los testimonios»²⁴ no pretende de ningún modo vanalizar el problema existencial merced al recurso a un iluminismo mesiánico. No estamos ante una utopía: el misterio del hombre cobra sentido —«se explica»— en el misterio de Cristo, pero no por ello deja de ser misterio, que se percibe ahora en sus verdaderas proporciones y que, a la nueva luz, reclama con más indispensable interpelación. «En Cristo, contemplado dentro de esta perspectiva, se concentran y consolidan todos los problemas esenciales del hombre»²⁵.

El «*auditus Fidei*» certifica al hombre del designio salvífico que da sentido —y sentido sobrenatural— a su actual condición, pero no su planta la urgencia insoslayable de una solución intramundana de tantos problemas que dicha condición plantea a nivel personal, social, político o histórico, ni tampoco sustrae al hombre de experimentar la aspreza del trabajo y del dolor, de asumir el riesgo de su libertad, de enfrentar el riesgo vertiginoso de la muerte, de encontrarse mudo tantas veces ante la angustia que la existencia, tal cual es, lleva consigo.

«La salvación no se proyectó ni se realizó al margen de lo que es esencialmente humano y lo que es humano lleva en sí el eterno estigma de Dios, es una imagen de Dios. Por esto la obra divina de la salvación fue

23. K. WOJTYLA, *Signo de contradicción*, cit., 166. «La vida sacerdotal está construida sobre la base del sacramento del orden, que imprime en nuestra alma el signo de un carácter indeleble. Este signo, marcado en lo más profundo de nuestro ser humano tiene su dinámica personal. La personalidad sacerdotal debe ser para los demás un claro y límpido signo a la vez que una indicación. Es esta la primera condición de nuestro servicio pastoral. Los hombres, de entre los cuales hemos sido elegidos y para los cuales hemos sido constituidos, quieren sobre todo ver en nosotros tal signo e indicación, y tienen derecho a ello (...). Nuestra actividad pastoral exige que estemos cerca de los hombres y de sus problemas, tanto personales y familiares como sociales, pero exige también que estemos cerca de estos problemas como sacerdotes. Sólo entonces, en el ámbito de todos esos problemas, somos nosotros mismos. Si, por lo tanto, servimos verdaderamente a estos problemas humanos, a veces muy difíciles, entonces conservamos nuestra identidad y somos de veras fieles a nuestra vocación». JUAN PABLO II, *Novo incipiente*, cit. en J. A. ABAD, op. cit., n. 59-60.

24. *Ibidem*, 150.

25. *Ibidem*.

—por así decirlo— extraída por Dios de lo que es humano, esencialmente humano y constitutivo para el hombre»²⁶.

Así pues, el designio de la salvación del hombre —cuyo punto focal es el «misterio de la Encarnación» —no se revela como una solución pragmática, ni tampoco como un mensaje enviado «desde fuera» por un extraño a las vicisitudes de la existencia, ni se traduce en una gnosis purificante a modo de filosofía divina. El misterio de la Encarnación es el misterio del Verbo de Dios hecho Carne, lo que equivale a decir que es el misterio del Sacerdocio de Cristo, cuyo ejercicio transforma al hombre desde dentro merced a la energía sobrenatural de la Gracia —que la naturaleza por sí misma no tiene ni puede exigir— convirtiendo la existencia humana en «oportunidad» abierta de par en par a la esperanza, que satisface de algún modo los más íntimos anhelos, que destierra la desesperación y certifica el éxito definitivo, si bien no excluye, por el momento, el riesgo de la libertad que persevera con todas las limitaciones de la actual condición. «La Encarnación y la Redención significan un «entrar» profundamente en la totalidad de estos problemas (esenciales del hombre), un «asumir» su peso, un «confirmar» su sentido, su importancia, grandeza y finalidad concreta»²⁷.

Se comprende, en suma, que el misterio del Verbo de Dios hecho carne —«uno en sí mismo, no por una imposible confusión de las naturalezas, sino por la unidad de la Persona»²⁸— «manifiesta plenamente el misterio del hombre al propio hombre», con tal que el misterio de Cristo sea aceptado fielmente en su verdadera dimensión humana y divina, histórica y mística, es decir, con tal que no se merme su significado sacerdotal²⁹. En este sentido, cualquier interpretación reduccionista de la identidad de Cristo —como sería v. gr., la de presentarlo como mero paradigma sublime del Hombre de Dios— contribuiría, por racional que pareciese, a provocar una crisis sacerdotal que tendría repercusiones evidentes en todos los ámbitos —incluso en aquellos más íntimos— de la existencia humana.

La Iglesia, «Sacramento universal de salvación», como el Vaticano II ha puesto de relieve, prolonga en el tiempo y en el espacio la obra del Sacerdocio de Cristo. «Cristo Señor, Pontífice tomado de entre los hombres (Cfr. Heb. 5,1-5), de su nuevo pueblo *hizo un reino y sacerdotes para Dios, su Padre* (Apoc. 1,6; cfr. 5,9-10). Los bautizados, en efecto, son consagrados por la regeneración y la unción del Espíritu Santo como casa espiritual y sacerdocio santo, para que, por medio de toda obra del hombre cristiano, ofrezcan sacrificios espirituales y anun-

26. *Ibidem*, 150-151.

27. *Ibidem*, 149.

28. PABLO VI, *Credo del Pueblo de Dios*.

29. Cfr. K. WOJTYŁA, *op. cit.*, 151.

cien el poder de Aquel que los llamó de las tinieblas a su admirable luz (Cfr. I Petr. 2,4-10). (...) El sacerdocio ministerial, por la potestad sagrada de que goza, forma y dirige al pueblo sacerdotal, confecciona el sacrificio eucarístico en la persona de Cristo y lo ofrece en nombre de todo el pueblo a Dios. Los fieles, en cambio, en virtud de su sacerdocio regio, concurren a la ofrenda de la Eucaristía y lo ejercen en la recepción de los sacramentos, en la oración y acción de gracias, mediante el testimonio de una vida santa, en la abnegación y caridad operante»³⁰.

«Esta doctrina conciliar —comenta el Cardenal Karol Wojtyła— parece suprimir los confines y corregir los estereotipos a los que no pocos se han habituado ya. A su luz el Sacerdocio representa también un elemento constitutivo del laicado»³¹. Supone, por lo tanto, una descalificación del clericalismo paternalista, empeñado en un dirigismo pernicioso o comprometido más allá de los justos límites en una tarea de suplencia sobre cometidos expresamente laicales.

«Sin embargo —y esto hay que subrayarlo— es totalmente ajena a la doctrina conciliar la tendencia a la *laicización* del clero, de los sacerdotes y de los religiosos. Esta interpretación no sería sino una deformación de la doctrina conciliar y un error fundamental. Por desgracia, en ciertos casos podemos advertir una tergiversación semejante... La doctrina conciliar sobre el sacerdocio común no quiere decir que haya que reducirlo todo al laicado, aún cuando se descubra una enorme riqueza en la vocación de los seglares en la Iglesia»³².

En efecto, las palabras de la *Lumen gentium* expresan con cuidadoso esmero la distinción, *no sólo en grado sino en esencia*, que existe entre el sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio jerárquico. Expresan también la íntima coherencia que existe entre el uno y el otro, por cuanto ambos son participación del único Sacerdocio de Cristo.

Ahora bien, es la existencia humana concreta la que al participar del Sacerdocio de Cristo —mediante el sacramento del Bautismo o también mediante el sacramento del Orden— se configura de acuerdo con unas nuevas dimensiones, cobra nuevo sentido, y reconoce en sí misma, a la luz del misterio de la Encarnación-Redención, una identidad nueva³³, tan objetivamente auténtica que constituye una «respuesta a los interrogantes más acuciantes, profundos y fundamentales del hombre»³⁴.

30. CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et spes*, 10. Cfr. JUAN PABLO II, *Novo incipiente*, cit., en J. A. ABAD, *op. cit.* n. 3.

31. K. WOJTYŁA, *op. cit.* 164.

32. *Ibidem*, 164-165.

33. Cfr. *Ibidem*, 168.

34. *Ibidem*, 166, «A esta identificación del Cuerpo de Cristo está íntimamente unido el desarrollo auténtico de la personalidad humana de todo cristiano —como también de cada sacerdote— que se realiza según la medida del don de Cristo. La desorganización de la estructura espiritual de la Iglesia no favorece ciertamente el desarrollo de la personalidad humana y no constituye su justa verificación». JUAN PABLO II, *Novo incipiente*, cit., en J. A. ABAD, *op. cit.*, n. 68.

«Para poderlo captar plenamente, hay que remontarse al 'misterio del hombre' tal como éste se inscribe en el 'misterio del Verbo Encarnado', esto es, en el misterio de Cristo Sacerdote. Es precisamente Cristo, quien trae consigo al mundo la plenitud esencial del sacerdocio: '...pero me has preparado un cuerpo. Los holocaustos y sacrificios por el pecado no los recibiste. Entonces yo dije: Heme aquí que vengo... para hacer, oh Dios, tu voluntad' (Heb 10,5-7). Sobre esta base Jesús lleva a cabo su sacrificio e instituye la Eucaristía, y de todo el pueblo hace 'reyes y sacerdotes para Dios' (Apoc. 1,6). El sacerdocio entendido en este sentido responde a la pregunta existencial sobre el hombre»³⁵.

Coherencia, pues, del sacerdocio común y del sacerdocio jerárquico, que se integran mutuamente en la vida diaria de la comunidad eclesial, que persevera en la doctrina de los Apóstoles, en la comunión —«fractio panis»— y en la oración (Hech. 3,42), «alabando a Dios y haciéndose amar de todo el pueblo» (Hech 3,47).

Coherencia del sacerdocio común y del sacerdocio jerárquico, que se hace carne en la existencia misma del que ha sido consagrado por el sacramento del Orden. Su vocación ha ido madurando, «madura, naturalmente, sobre el telón de fondo del sacerdocio común de los fieles, sobre los cimientos que han echado en esas almas los sacramentos del Bautismo, de la Confirmación y, en el transcurso de los años, de la Eucaristía —sobre todo ésta—. Y también el sacramento del matrimonio en el seno de una auténtica familia cristiana y el «sacramento de la Iglesia» vivido en una buena parroquia. El sacerdocio se adentra en la profundidad de toda la verdad existencial de la creación y, ante todo, en la del hombre»³⁶.

La íntima unión entre los «tria munera Christi» y, en consecuencia, la «estrecha unión de participación en ellos tanto en la dimensión de la vida de cada uno de los cristianos como en la de todo el Pueblo de Dios»³⁷, impresiona al Cardenal Karol Wojtyła como una síntesis sacerdotal de extraordinaria fecundidad por su coherencia con las dimensiones naturales de la existencia. «El sacerdocio —dice— es oración de la existencia y vocación humana; es portador de la incesante plegaria de todo el mundo, 'sacrificium laudis' (Ps. 49/48/14), la oración del hombre concreto que es 'homo Dei', consagrado, y que en el momento culminante de cada día presta su voz al mismo Cristo, para que se pronuncien las palabras de la consagración. El sacerdote expresa con su misma existencia, lleva —por así decirlo— en sí mismo, la plegaria de toda la creación (...). Podríamos decir que la oración es elemento constitutivo de la existencia humana en el mundo, que es ser hacia Dios»³⁸.

35. K. WOJTYŁA, *op. cit.*, 165.

36. *Ibidem*, 167-168.

37. *Ibidem*, 164.

38. *Ibidem*, 173-174.

Pero el sacerdocio no es tan sólo una «consecratio», sino también una «revelatio» que se encarna en la existencia misma: «El sacerdocio impreso en el alma humana como verdad confiere el sentido definitivo a la vida propia del sacerdote y de todos los hombres»³⁹.

El sacerdocio se expresa, asimismo, en su ejercicio como una «dominatio» que profundiza y sublima la conciencia de la propia libertad. «*Munus regale* no es, ante todo, el derecho al dominio sobre los demás, sino que es una manifestación del «carácter real» del hombre. Este carácter regio se halla impreso en la estructura misma de la personalidad humana»⁴⁰. *Munus regale* que se manifiesta en primer término como autodeterminación con respecto al propio destino: «Es la libertad que nos permite escoger, especialmente en todo cuanto concierne a la orientación fundamental de nuestra vida»⁴¹.

El celibato sacerdotal aparece en este contexto en toda su grandeza: «Es justamente la voluntad —o bien, el corazón humano— la que ordena al hombre «ser para»: ser en relación y en donación. En esto precisamente consiste la estructura esencial de la existencia personal y humana. El hombre existe no sólo «en el mundo», no sólo «en sí mismo», sino que existe «en relación», existe «en donación». Así es como tiene que existir. No puede encontrarse a sí mismo plenamente más que en una desinteresada entrega de sí mismo. Sobre todo el sacerdocio, ligado al celibato según los principios evangélicos y la tradición multisecular, expresa de forma y en medida particular esta verdad sobre el hombre. El sacerdocio, en particular, es la expresión del hombre para el cual el mundo tiene su último sentido en la dimensión transcendental: sólo en la orientación hacia Dios, que es el único que supera al mundo en cuanto plenitud de ser personal. Sin esta relación y donación toda la existencia humana sobre la tierra pierde su sentido profundo. (...) Si falta esta relación extrema, esta perspectiva del hombre «más allá del mundo», todas las conquistas de la civilización, todo el progreso de la cultura, de la ciencia, de la técnica, abocarán a una inevitable derrota del hombre»⁴².

Así pues, la «dominatio» se manifiesta radicalmente no como *dominio*, sino como *autodominio*, como obediencia y rendimiento amoroso de quien reconoce que «nuestro sacerdocio no es nuestro, sino Suyo»⁴³, se dispone, por tanto, a servir, en actitud de respeto máximo, al misterio de Cristo y a la conciencia inviolable de cada ser humano. «Todo confesor debe ponerse —por así decirlo— «de rodillas» ante los secretos de la Gracia y de la conciencia humana. Aunque como confesor es

39. *Ibidem*, 168.

40. *Ibidem*, 176-177.

41. *Ibidem*, 168.

42. *Ibidem*, 169-170.

43. *Ibidem*, 170.

juez, director y maestro de un hermano o de una hermana, debe ejercer esos atributos y funciones con el mayor de los respetos al «misterio del hombre», que encuentra su solución en el «misterio de Cristo». Es Cristo crucificado y resucitado quien está presente en el confesonario, como está presente ante el altar durante la celebración de la Eucaristía por medio del sacerdote, o junto al lecho del enfermo, al que el sacerdote administra la Unción de los enfermos, y en todo servicio sacramental de la Iglesia»⁴⁴.

Es así como la potestad pastoral —que encarna peculiarmente en la jerarquía el *munus regale*— se traduce no en ejercicio despótico, sino en verdadero ministerio, cuya «fuente y razón continua» es Cristo, y cuya primera exigencia compromete al Pastor en la entrega de sí mismo haciéndose ejemplo de su grey —*forma gregis*—. «Precisamente aquí, halla su confirmación la verdad de que el ejercicio de la potestad espiritual en la Iglesia está orientada a poner de relieve la dignidad del hombre, su «realeza» que le viene de Cristo, Buen Pastor»⁴⁵.

A la luz de lo que llevamos dicho, podemos deducir hasta qué punto —en el pensamiento de Karol Wojtyła— la crisis de identidad sacerdotal ha podido repercutir en la crisis humana de la hora presente y hasta qué punto el solucionarla se presenta a sus ojos de Sumo Pontífice como tarea preferible y urgente⁴⁶.

3. Vocación e identidad

«Sé bien que la mayor tentación y peligro de nuestra vida puede ser la del desaliento. Porque en el mundo secularizado de hoy la figura del sacerdote no es a veces comprendida ni debidamente valorizada. Hasta un cierto punto, no es extraño esto. ¿Cómo puede comprenderse sin visión de fe lo que tiene fundamento en la panorámica de la eternidad? ¿Cómo puede comprender vuestro valor quien parte de ópticas distintas?» (41,3).

Estas líneas que pertenecen a la breve alocución que pronunció Juan Pablo II en el encuentro con los sacerdotes y seminaristas celebrado en Moncada la tarde del 8 de noviembre, constituyen, a nuestro entender, el diagnóstico fundamental que determina el enfoque tanto de la homilía durante la ordenación celebrada en la Alameda como del mensaje a

44. *Ibidem*, 184-185.

45. *Ibidem*, 185.

46. «Por este su significado, el sacerdocio será siempre portador de una profunda *hermenéutica* del misterio del mundo y sobre todo del «misterio del hombre». El mundo que pretendiera suprimir de las propias estructuras el sacerdocio, renegaría de sí mismo y, sobre todo, destruiría la humanidad en su aspecto esencial». *Ibidem*, 170.

los seminaristas. Las palabras citadas equivalen a reconocer la existencia de lo que —según la terminología al uso— ha venido a llamarse crisis de identidad, que se manifiesta sobre todo en tres vertientes: teológica, social, existencial-personal.

La crisis teológica, que por su propia índole ha debido generarse en ambientes especializados o, incluso, elitistas, se ha difundido con sorprendente eficacia, merced a diversas causas, hasta adquirir los caracteres de una verdadera revolución doctrinal. Aun admitiendo que esta crisis está en la raíz de los graves problemas que afectan al clero, hay que reconocer que la crisis de identidad no se hace explícita —al menos, no es lo corriente— en forma de rechazo radical de la doctrina teológica, sobre el sacramento del Orden. No obstante, la divulgación de opiniones teológicas —que, por el momento, no debieron salir del ámbito de los estudiosos— o de concepciones e interpretaciones que reducen el contenido de la Tradición y del Magisterio de la Iglesia o desvían su sentido, ha sido tal que resulta patente el estado generalizado de ansiedad, de duda o de falta de criterio.

A esta realidad hacía referencia Juan Pablo II en Salamanca al subrayar «la grave responsabilidad del teólogo quien debe tener siempre presente que el Pueblo de Dios, y ante todo los sacerdotes y futuros sacerdotes que han de educar la fe de ese pueblo, tienen el derecho a que se les explique sin ambigüedades ni reducciones las verdades fundamentales de la fe cristiana» (10,4).

No nos vamos a detener comentando las afirmaciones clarísimas sobre la naturaleza del sacerdocio y sobre el estilo de vida y las funciones que el sacerdote debe desempeñar en nuestro tiempo, que cualquier lector atento de la homilía en la Alameda y del mensaje a los seminaristas podrá subrayar sin esfuerzo.

En el terreno teológico, «las enseñanzas del Magisterio de la Iglesia acerca del sacerdocio, inspiradas en la revelación, recogidas, por así decir, de los labios de Dios, pueden disipar cualquier duda acerca de la identidad sacerdotal» (39,3).

En cuanto al programa apostólico de la vida sacerdotal y del ministerio, el Papa afirma netamente: «Nada ha perdido de su actualidad sustancial. Es un programa vivo, de hoy. Y habéis de ponerlo con frecuencia ante vuestros ojos, en vuestra alma, para ver reflejado en él, como en un espejo vuestra *propia vida y ministerio*» (39,8).

Personalmente, lo que más nos impresiona es el planteamiento de fondo de ambos textos pontificios. En la actual realidad del clero en España, bajo la superficie de una crisis teológica e institucional o social —que todos contemplan y de las que se suele tratar comúnmente—, late sin duda un problema humano a nivel de existencia. Haberlo descubierto, nos parece un mérito máximo que confiere gran originalidad a las palabras dirigidas por Juan Pablo II a los sacerdotes y semina-

ristas. Cómo no recordar la fina sensibilidad con que viene meditado el diálogo de Cristo con Pedro, «diálogo que Cristo mantiene con cada uno de sus elegidos» y que resume el secreto de la caridad pastoral. «Es la pregunta acerca del amor especial y exclusivo hacia Cristo, hecha a quien ha recibido una misión particular y ha podido experimentar el desencanto en su propia debilidad humana. El Señor Resucitado no se dirige a Pedro para amonestarle o castigarle por su debilidad o por el pecado que ha cometido al renegar de él. *Viene a preguntarle por su amor.* Y esto es de una enorme, elocuente importancia para cada uno de vosotros: «¿Me amas? (Jn. 21,17). ¿Me amas todavía? ¿Me amas cada vez más? Sí. *Porque el amor es siempre más grande que la debilidad y que el pecado.* Y sólo él, el amor, descubre siempre nuevas perspectivas de renovación interior y de unión con Dios, incluso mediante la experiencia de la debilidad del pecado» (39,5).

Veámos en páginas anteriores el papel determinante que, según la concepción del hoy Pontífice, Juan Pablo II, juegan la voluntad y las capacidades cordiales para la estructuración de la existencia personal y humana. «El hombre existe —decía— no sólo *en el mundo*, no sólo *en sí mismo*, sino que existe *en relación*, existe, *en donación*. Así es como tiene que existir». Ello hace comprender la gran importancia que el Papa concede al amor, al diálogo interior, a la experiencia de la debilidad y el pecado, a la delectación contemplativa, a la autenticidad, a las vinculaciones cordiales. Dimensiones todas ellas que han podido quedar relegadas en aras de una pretendida eficacia, en nuestra civilización de consumo.

Cabe decir que a nivel existencial el sacerdote sólo encontrará la respuesta adecuada al interrogante sobre su propia identidad una vez que haya respondido generosamente al amor. La mera formulación doctrinal de los contenidos teológicos del sacerdocio sería insuficiente mientras las energías de donación y de entrega no se desarrollen en una asimilación amorosa. En este sentido se comprende fácilmente que existen preguntas —¿a quién ama el sacerdote? ¿a quién debe amar? ¿por quién es amado? ¿por quién o por quiénes debe ser amado? —que merecen una solución previa a cualquier programación, a cualquier amonestación, a cualquier formulación doctrinal. Lógicamente el sacerdote antes de saber *qué* es, necesita saber *quién* es.

De aquí la importancia que, tanto en la homilía a los sacerdotes como en el mensaje a los seminaristas, se atribuye a la teología de la vocación: «El sacramento del Orden está profundamente radicado —se nos dice— en el misterio de la llamada que Dios hace al hombre». «En el elegido —se nos explica— se realiza el misterio de la vocación divina» (39,2).

La vocación está en Dios; es, pues, algo objetivo que debe atenerse a las leyes de la objetividad. Pero la recibe y lee el hombre en su propia conciencia: emerge en la propia conciencia a impulsos de los grandes

interrogantes que plantea la existencia, puesto que el hombre «experimenta la sensación de su propia *insuficiencia*» y acaso tratará «de defenderse ante la responsabilidad de la llamada». «Así la llamada se convierte en el fruto de un diálogo interior con Dios y es a veces el resultado de una contienda con El» (39,2).

Contienda amorosa, por supuesto, en la que triunfará la Gracia de Dios, merced a la cual conseguirá el hombre realizar la misión divina que se le confía. Las palabras del Papa subrayan, no obstante, el papel de la libertad. La vocación entendida como diálogo interpersonal, como experiencia de la limitación, como lucha y contienda, como rendimiento a la seducción de la Gracia, es, sobre todo, *una opción libre e irrevocable* (40,2), en virtud de la cual la existencia sacerdotal se estructura y la personalidad misma se configura y alcanza su desarrollo pleno en la donación amorosa. Es así como la vocación se corresponde con una personalidad rica en energía, capaz de interiorización y de entrega, que nunca será fruto de un complejo de circunstancias que *atrapan* inexorablemente al sacerdote o al candidato al sacerdocio. Por eso el seminario debe ser, ante todo, escuela de fidelidad (40,2), donde se aprende a arriesgarlo todo (40,4) donde se vive la amistad profunda, la confianza plena, donde se prepare el compromiso permanente y total que se hará concreto en el *sí* que dará el nuevo sacerdote en el momento de la ordenación.

Ese *sí* primordial, que exige fidelidad perpetua, es dado a Cristo mismo; es fruto de su llamada, que es una declaración de amor; es donación de la propia vida, seguimiento definitivo, participación permanente en la misión y consagración de Cristo, razón de ser de la propia existencia, aceptación vivencial de la persona de Jesús, de su doctrina, de su acción santificadora. «El *sí* del sacerdote se da de una vez por todas, aunque se renueva todos los días, y tiene su modelo en el *sí* pronunciado por Cristo mismo» (40,2).

La fidelidad a Cristo se derrama a continuación en otras vertientes necesariamente unidas a su Persona: «se prolonga en fidelidad a la Iglesia, en la que Cristo vive, se hace presente, se acerca a todos los hermanos y se comunica al mundo» (40,4). La Iglesia es entonces aceptada «en toda su integridad carismática e institucional, como misterio o expresión del amor de Dios, que cautiva el corazón de los amigos de Cristo» (40,4).

Se prolongará también en «fidelidad a la palabra divina» asimilada y hecha vida en la vida del sacerdote: «No se trata de una ideología o de una opinión personal, sino de la palabra revelada por Dios, predicada por la Iglesia, celebrada en la liturgia, asimilada en la contemplación, vivida por los santos, profundizada por los doctores» (40,4).

La celebración de la Eucaristía no es entonces un acto más del misterio: «es la raíz y la razón de ser de vuestro sacerdocio» (39,6), «mis-

terio que debe plasmar interiormente vuestra existencia», culmen de vuestro ministerio de evangelización», «ápice de vuestra vocación orante, de glorificación de Dios y de intercesión por el mundo. Y por la comunión eucarística se irá consumando día tras día vuestro sacerdocio» (39,6). Así cada sacerdote encontrará el principio de integración de su propia existencia y se sentirá invitado «a alimentar y vivificar la propia actividad con la *abundancia de la contemplación*, que encontrará un manantial inagotable en la celebración de la Eucaristía y de los sacramentos, en la liturgia de las horas, en la oración mental y cotidiana y en la meditación amorosa de los misterios de Cristo y de la Virgen con el rezo del rosario» (39,6).

Aparece, pues, la vocación, no como un mero requisito que se desarrolla en las etapas previas a la ordenación sacerdotal y que se cierra entonces cristalizando en una actitud estática, rígida e inexorable. Por el contrario es desarrollo vital, diálogo perdurable que nunca se extingue. Lo que fue causa de la entrega primordial debe continuar existiendo como medio necesario para la perseverancia. «Es necesario que vuestro ministerio sacerdotal *se enraíce con vigor en el amor de Jesucristo*. El amor indiviso a Cristo y al rebaño que El os va a confiar *unifica* la vida del sacerdote y las diversas expresiones de su ministerio» (39,5-6).

La vocación acaba siendo la determinación última que configura la identidad personal y existencial del hombre-sacerdote y el núcleo del que parten y en torno al cual giran todas sus energías. Es el entramado sobre el que se teje y se anuda el tapiz de la vida sacerdotal, en el que tienen sentido las luces e, incluso, las sombras (39,2). Entramado que se urde en la vivencia íntima y que exige ser custodiado y fortalecido, como que es el principio a partir del cual vienen interpretadas y asimiladas las más sagradas convicciones.

A la luz de lo que hemos expuesto, creemos que los textos pontificios se leerán con profunda conmoción. El clero como tal no es toda la Iglesia; pero toda la vida del Pueblo de Dios está pendiendo de su fidelidad y el mismo mundo «que necesita ver huellas claras del Evangelio» (40,1), «que en gran parte se caracteriza por el materialismo teórico o práctico, pero también por una inextinguible sed de Dios y de valores espirituales» (40,3).

Los textos pontificios tienen la originalidad de considerar a los sacerdotes, no sólo como protagonistas de la acción pastoral a quienes todo se les debe pedir en virtud de un compromiso legal inexcusable, sino, sobre todo, como destinatarios ellos mismos de la primera pastoral de la Iglesia, de la máxima comprensión y de la solicitud del Príncipe de los Pastores. Acaso esta pastoral cuyos destinatarios son los mismos pastores, haya podido quedar postergada durante mucho tiempo ante otras urgencias que se han sentido equivocadamente como más perentorias.

Para recuperar lo que por diversas causas ha podido desvanecerse

será preciso sin duda comenzar por el principio. El sacerdote no vive sólo de ideas y de programas; por ser hombre, vive sobre todo de amor y necesita llenar su existencia no sólo de eficacia laboral, sino más aún de significado humano. Es la convicción que subyace a todas las recomendaciones y advertencias de Juan Pablo II a los sacerdotes de España. Es también uno de los consejos repetidos por él a los obispos en sus visitas «ad Limina». «Una actitud de fondo, a todas luces indispensable para una eficaz acción pastoral, es la unión entre obispos y sacerdotes. Hacia el presbiterio diocesano han de ir, pues, vuestras mejores atenciones, para que sea de verdad el centro de la misión común donde 'todos se unen entre sí en íntima fraternidad...' (cfr. *Lumen gentium*, 28). Este trato familiar, de amigos y colaboradores, será sumamente estimulante para todo sacerdote que, aun en medio del mundo, sabe dónde buscar respiro y apoyo para sus dificultades, ambiente apto para cultivar su vida espiritual e intelectual y sobre todo para dar testimonio de su 'segregación en cierta manera del Pueblo de Dios' y de su pertenencia al grupo de los 'discípulos', elegidos por el Señor para desempeñar el ministerio del Evangelio junto al obispo, es decir, para hacer visible y confirmar más su identidad sacerdotal» (VO 3).

E. de la Lama
Facultad de Teología
Universidad de Navarra
PAMPLONA